

CAPÍTULO UNO

¿QUIERES SANARTE?

La sanación es una dimensión esencial del . . . cristianismo. . . Expresa todo el contenido de nuestra redención.

Papa Benedicto XVI
Jesús de Nazaret

Me impresiona la intuición de Jesús sobre la naturaleza humana. Sé que nos creó, pero, aun así, siempre me sorprende su capacidad de ver el corazón y el fondo de una situación. No importa lo tremendamente atados que estemos, parece conocer la llave exacta que abra las puertas de nuestra prisión. Una y otra vez a través de los evangelios, vemos esta sabiduría manifestada en su interacción con todo aquel con quien se encuentra. Su encuentro con el hombre en la piscina de Betesda es un ejemplo importante (Jn 5:1–9).

¿Te puedes imaginar lo que fue para este hombre paralítico estar al lado de la piscina de “sanación” por treinta y ocho años sin poder entrar? Para hablar en un contexto actual, imagínate a alguien al lado de las aguas sanadoras de Lourdes durante treinta y ocho años. ¿Puedes siquiera imaginarlo? Día tras día, año tras año, este hombre de Betesda esperó sin esperanza a que alguien lo ayudara. Miles de personas pasaron de largo hasta que Jesús llegó y escuchó el lamento de su corazón.

Estoy seguro de que Jesús se acercó a este pobre hombre con compasión, pero debo admitir que me turban un poco sus palabras

iniciales: “¿Quieres curarte?” (Jn 5:6). A mí me suena como que Jesús está acusando al hombre de hacerse la víctima. Mi reacción inicial es acudir en defensa de este hombre indefenso. Por supuesto que quiere curarse. Mira el tiempo que ha estado sufriendo. Pero luego, entrando en razón, me doy cuenta de que estoy cuestionando nada menos que a Jesús. Él debe saber algo sobre la parálisis profunda del alma de este hombre que para mí no está tan inmediatamente claro. Después de todos estos años, parece como que el hombre paralítico se ha dado por vencido y ha abandonado toda esperanza de ser curado. ¿Quién podría culparlo? ¿Por qué aferrarse a la esperanza para ser desilusionado una y otra vez?

Cuanto más reflexiono sobre la pregunta de Jesús a este hombre, más me voy sintiendo más incómodo en mí mismo. No está sólo preguntando al paralítico si quiere ser curado. Su pregunta está dirigida a mí y a ti también. Después de todos estos años lidiando con nuestras diversas enfermedades físicas, psicológicas y espirituales ¿será que quizá nos hayamos resignado a nuestra condición fragmentada, creyendo que es “porque así es la vida”? La mayor parte del tiempo, ni siquiera somos conscientes de nuestra resignación. Simplemente aceptamos nuestra condición y la soportamos lo mejor que podemos. ¿Puedes identificarte con esto?

TOMA UN MOMENTO

Toma un momento para examinar tu disposición a que Jesús te sane.

- ¿Reconoces tu necesidad de curación?
- ¿Quieres ser sanado?
- ¿Has abandonado la esperanza de poder ser curado?
- ¿Crees que Jesús desea sanarte?
- ¿Qué actitudes de duda y falta de fe obstaculizan el que recibas el poderoso amor sanador de Jesús?



Quizá te preguntes qué quiero decir cuando uso el término *sanación* a lo largo de este libro. En pocas palabras, la sanación es el proceso de hacerte íntegro: cuerpo, alma y espíritu. Incluye la restauración de nuestra comunión con Dios, nuestra propia integración y reconciliación con las personas de nuestro alrededor. Esto es consistente con la mayoría de las definiciones de los diccionarios, incluyendo la siguiente:

1. Curar una herida. Restaurar la salud.
2. Causar la superación de una condición indeseable. . . restablecer una división entre amigos.
3. Restaurar la pureza o integridad original.

Las definiciones reflejan el modo en que se utiliza la palabra *sanación* a través de las Escrituras: salvar, curar, restablecer, reparar una ruptura, restaurar la comunión, dar un remedio terapéutico etcétera. . . . La necesidad más evidente del paralítico de Betesda era la curación física, pero Jesús vio que necesitaba una sanación mucho más profunda. Antes de perder la esperanza, tenía un deseo natural de ser curado otorgado por Dios y de que todas sus relaciones fueran restauradas. Aunque paralizado por la desesperanza, todavía podía reconocer estos deseos enterrados.

No importa lo que hayamos reprimido nuestros deseos, tú y yo también tenemos un profundo anhelo de ser sanados. ¿Por qué si no vamos a doctores, dentistas, terapeutas, sacerdotes y ministros? ¿Por qué tantas personas pasan una parte considerable de su tiempo, dinero y energía en búsqueda de salud e integridad? Según el Banco Mundial, la sanidad consume entre 10 y 20 por ciento de nuestros recursos¹.

Buscamos la salud y la integridad porque Dios ha puesto el deseo de sanación en el tejido de todo ser humano. Como asegura el papa Benedicto, la sanación es esencial a nuestra fe cristiana. Como cristianos, creemos que Jesús vino a la tierra con este propósito: restaurar nuestra integridad y regresarnos a la plena comunión con el Padre y unos con otros.



Esta fe, revelada en la Sagrada Escritura, ha sido fielmente proclamada por la Iglesia durante 2.000 años: “¡Sanen a los enfermos!’ La Iglesia ha recibido esta tarea del Señor e intenta realizarla. . . Cree en la presencia vivificante de Cristo, médico de las almas y de los cuerpos” (CIC, 1509). Detente un minuto y deja que esas palabras que han perdurado a través del tiempo te penetren. Jesús, la Encarnación de Dios, nuestro Sanador, es el médico definitivo de nuestras almas y cuerpos (Ex 15:25–26). No sólo perdona nuestros pecados, sino que también nos cura de todas nuestras enfermedades, según el salmista (Sal 103:3).

Los milagros de curación de Jesús, del pasado y del presente, son expresiones de la tierna compasión del Padre y su preocupación íntima por nosotros en nuestro quebranto y sufrimiento. Indican a la sanación definitiva que nos alcanzó en el Calvario. La afirmación del papa Benedicto lo resume todo: “La sanación. . . expresa *todo el contenido* de nuestra redención”². Durante los últimos dos mil años de historia de la Iglesia, todo nuestro culto, toda nuestra teología, todas nuestras oraciones se dirigen a nuestra restauración, al ser llevados cada vez más a una comunión más profunda con la Santísima Trinidad.

La sanación es un proceso, tendrá su completa realización en el cielo. Pero el proceso debe comenzar ahora, en cada una de nuestras vidas, cuando nos enfrentamos a diversas dolencias físicas, dificultades psicológicas, y aflicciones espirituales. Así que la pregunta que le hizo Jesús al hombre de Betesda se nos hace a cada uno de nosotros: “¿Quieres curarte?”. De alguna manera, todos nos parecemos al hombre paralítico postrado cerca de las aguas de sanación. Por muy cerca que esté Jesús, no lo podemos alcanzar por nosotros mismos; necesitamos su ayuda. Al mismo tiempo, Jesús no nos sanará sin nuestro consentimiento y cooperación. Muchos de nosotros ni siquiera nos damos cuenta de que necesitamos sanación, o de cuán profundamente la necesitamos. Erróneamente pensamos que estamos bien como estamos. Yo era esa persona cuando tenía veinte y treinta años. Como los

líderes religiosos del tiempo de Jesús, pensaba que estaba bien y que no tenía necesidad del Médico Divino (Mc 2:17). Mi orgullo me cegaba, pero Jesús me abrió los ojos a mi tremenda necesidad de sanación.

Al escuchar mi historia, pido que seas capaz de identificarte de algún modo. He encontrado que bajo todas las circunstancias individuales de vida, compartimos una quiebra común. Espero que mi experiencia te anime a mirar a tu propia historia y reconocer tu propio quebranto. Al hacerlo, pido que encuentres el poderoso amor de Jesús en tu vida como nunca antes lo hayas hecho.



Sólo estoy medio en broma cuando le digo a la gente que comencé mi carrera como terapeuta familiar a la edad madura de los catorce años. De hecho, no logré mi título hasta la edad de veintiséis, pero para cuando estaba finalizando mi formación graduada, ya había tenido muchos años de experiencia informal “jugando a terapeuta” en mi familia de origen. Las circunstancias de la vida me arrojaron a este papel muy bruscamente cuando mi padre, un hombre que de uno u otro modo era bueno y cariñoso, hizo algunas opciones que le cambiaron la vida, y que me dejaron a mí, a mi madre y a mis seis hermanos abandonados y obligados a defendernos por nosotros mismos.

La marcha de papá rompió mi corazón y dejó desolada a toda nuestra familia. Nuestro mundo, que había sido seguro, se hizo añicos. Aunque todos nosotros sufrimos muchísimo, el daño fue más evidente en mi hermano mayor Dave, que a los dieciséis años encontró consuelo en la heroína. En 1969 asistió a la infame concentración de Woodstock, se dejó crecer el pelo, se rebeló contra la autoridad y encontró su identidad en la emergente subcultura hippy. Poco después de la partida de papá, Dave también dejó el hogar. Con su marcha, yo perdí a mis dos amigos más cercanos y a mis modelos varoniles. Al verlos caer a ellos, me sentí como uno de esos animalillos en peligro de ser los siguientes en caer al precipicio. Necesitaba hacer algo para protegerme a mí mismo, a mi madre, y a mis hermanos y hermanas

más pequeños. Como el segundo hijo, asumí la carga emocional de nuestra grande y desolada familia. Reprimí mi propio dolor y me hice demasiado preocupado por el bienestar de todos los demás.

El perder a papá y a Dave fue solo el principio de un octavo grado muy difícil. En los siguientes doce meses perdí todo y a todos los que amaba, con la excepción de mi madre y mis demás hermanos. La marcha de papá pareció derribar un muro de protección de alrededor de nuestra familia y nos hicimos presas del enemigo de nuestras almas. Las cosas se pusieron bastante peor muy rápidamente.

A las pocas semanas de la marcha de papá, mi entrenador de baloncesto por cuatro años, que además era mi maestro de ciencias y maestro principal, nos invitó a cuatro compañeros del equipo y a mí a un viaje de camping. Cuando estábamos allí, entró en mi cama en medio de la noche y trató de abusar de mí. Estoy agradecido de que me desperté y él se marchó, pero las heridas de la traición permanecieron. Ese mismo fin de semana, mi primera novia y varios de mis mejores amigos en mi ciudad se implicaron en intimidades sexuales mientras yo no estaba.

Habiendo ya sido traicionado por mi padre y mi entrenador, me sentía profundamente herido. ¿De quién me podía fiar? Iban a venir más cosas. Cinco meses más tarde, me enamoré de otra chica preciosa y le confíé mi corazón. Como bromeó Yogi Berra: “Y fue dejá vu otra vez”. Me fui a un campamento de baloncesto durante tres semanas y cuando regresé me encontré con que ella también me había sido infiel. Aprendí a no entregar mi corazón a nadie y llegué a la conclusión de que ir a un campamento era peligroso.

Durante todo este tiempo, no tuvimos noticias de papá por más de un año. Recuerdo estar despierto en la cama de noche preguntándome si estaría vivo o muerto. Mi hermano Dave por fin lo encontró en otra ciudad, donde había iniciado una segunda familia. Esto fue el golpe final. Parecía que todos los cimientos de confianza se habían arrancado de debajo de mis pies—y no sólo los míos, sino también los de toda mi familia. Al hacerse pública la humillación, mamá decidió que necesitaba empezar de nuevo, y eso la motivó a trasladarnos de nuestro hogar de siempre en Bethel Park, un suburbio de Pittsburgh.

En medio de mi noveno grado, nos trasladamos como familia al sur de la Florida dejando a todos y todo lo que queríamos en Pennsylvania. Yo no quería trasladarme, pero no tenía opción. Me encantaba Bethel Park, donde había vivido toda mi vida y aborrecía todo lo de mi nuevo ambiente en el sur de la Florida. Me doy cuenta de que otros tienen cosas mucho más traumáticas que manejar en su vida, pero para mi corta vida, que hasta ese momento había sido segura y feliz, todo se había vuelto del revés. La vida era caótica y sin darme cuenta, mi confianza en Dios quedó severamente herida.



A pesar de todo el tumulto, fuimos capaces de sobrevivir como familia, viviendo de la Providencia del Padre con un poco de ayuda de las estampillas de alimentos. Cada uno de nosotros encontró su propio modo de lidiar con la situación. Después de un año de lucha, y sintiéndome completamente perdido en el nuevo ambiente, empecé de nuevo a sobresalir en la escuela y los deportes. Mi papel como “terapeuta familiar” para mi mamá y hermanos también me dio un sentido de propósito y significado. A pesar de algunas lesiones de deportes y de cirugías, yo *pensaba* que estaba saludable.

En aquel momento, no tenía ni idea de que mis dolencias físicas pudieran ser síntomas de problemas de raíz espiritual y psicológica, a los que no me había enfrentado. Fui capaz de superar todos los años de escuela secundaria, universidad, y escuela graduada, e iniciar una profesión sin lidiar con mi dolor interno y mi quebranto. En lo que a mí concernía, el pasado estaba en el espejo retrovisor y yo nunca necesitaría visitarlo de nuevo. ¿Alguna vez te has sentido así? ¿Que tu pasado queda atrás y que no necesitas mirar atrás? A veces incluso citamos mal la Biblia para justificar nuestra resistencia a enfrentarnos a nuestro dolor: “Olvidándome del camino recorrido, me lanzo hacia adelante y corro en dirección a la meta” (Fil 3:13b–14a).

Yo estaba tenazmente motivado por mis metas, logrando lo suficiente como para ser aceptado en la Universidad de Columbia, donde

jugué football durante cuatro años. De ahí en adelante, me enfoqué totalmente en crear una familia y establecer mi carrera. Antes de terminar la universidad, me casé con mi novia y mejor amiga de la secundaria, Margie O'Donnell. Un año después de la boda, recibimos el regalo precioso de nuestra hija Carrie, y dos años más tarde, cuando yo todavía estaba en la escuela graduada, dimos la bienvenida a nuestra bella segunda hija, Kristen.

Después de terminar mi doctorado, establecí una práctica privada como terapeuta matrimonial y familiar, donde seguí ayudando a otros con sus problemas familiares. También enseñé cursos de matrimonio

Conozco tus obras: no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Por eso, porque eres tibio, te vomitaré de mi boca... Yo corrijo y reprendo a los que amo.

Ap 3:15b–16, 19a

y familia a medio tiempo en la Florida State University, compartiendo toda la sabiduría que había aprendido para ayudar a otros a encontrar la verdadera felicidad. ¿Escuchas la ironía y el orgullo?

En el hogar, Margie y yo estábamos disfrutando de nuestras preciosas hijas y, aunque como pareja estábamos luchando, nos defendíamos. A los pocos años de la graduación, compramos nuestra

primera casa en un lindo vecindario con una buena escuela elemental. Cuando llegó el momento de que Carrie y Kristen entraran a la escuela, Margie regresó a la escuela de enfermería para perseguir su sueño de ser enfermera de obstetricia.

A pesar de estos logros externos, yo me sentía inquieto por dentro. Habiendo estado motivado por los deportes y los estudios durante tanto tiempo, no sabía cómo manejar el vacío que llegó después de la graduación. Aunque muy respetado profesionalmente y teniendo una vida plena aparte del trabajo, no podía deshacerme de ese sentimiento de inquietud. No tenía idea de qué me faltaba, hasta que un día mi nuevo vecino me invitó a un desayuno de oración y estudio bíblico.

Cuando llegué al restaurante Shoney la semana siguiente, el Espíritu Santo no perdió tiempo en llamarme la atención. En nuestra primera reunión, uno de los hombres leyó un pasaje del Apocalipsis. Mientras leía, yo sentí que Jesús me estaba hablando directamente: “¡Ojalá que fueras frío o caliente! Por eso, porque eres tibio, te vomitaré de mi boca. . . Yo corrijo y reprendo a los que amo” (Ap 3:15b–16, 19a). Las palabras de Jesús me sacudieron por dentro y sentí una convicción del Espíritu Santo que nunca antes hubiera sentido.

Sin darme cuenta, había dejado de lado mi vida espiritual. Sin decidirme por un lado u otro, no había entregado mi corazón a Jesús, ni a nadie más. Tenía miedo de muchas cosas, pero principalmente tenía miedo de perder el control y sentirme herido de nuevo si confiaba mi corazón a alguien. Inconscientemente, todavía me estaba protegiendo de lo que me había pasado hacía quince años. Un terror escondido, enmascarado como aislamiento emocional, me impedía entregar mi corazón totalmente a Margie. Temía que me rechazara, me dejara, o encontrara a otro. Lo que es peor, mi experiencia en la universidad, donde había dado pasos en fe, me llevaba a creer que a ella no le gustaría si yo entregara mi corazón por completo a Jesús. Hasta ese momento, había podido vivir en la tibieza. Pero, con el regaño de Jesús, sentí que tenía que escoger entre Margie y él. Escogiera lo que escogiera, temía que el otro lado me rechazara.



Al mirar hacia atrás, puedo ver lo bueno del reproche de Jesús, ya que sirvió de catalizador para que yo mirase hacia mi corazón herido. En aquel momento, sin embargo, nada de ello parecía bueno. Sólo sentía pánico. Esta confrontación con la verdad me provocó literalmente un ataque de pánico, que, simultáneamente, me llevó a terapia por primera vez en mi vida. Pasé de ser alguien que vanidosamente ayudaba a otros, a darme cuenta de lo desesperadamente que necesitaba ayuda para mí mismo.

La terapia fue beneficiosa para animarme a enfrentar mi dolor escondido. Aprendí a expresar mis emociones y a descubrir las heridas ocultas que había mantenido enterradas. Empecé a sentir el alivio de tener a alguien a quien yo le interesaba lo suficiente como para escuchar mis necesidades. Pero después de los primeros meses, la terapia empezó a ser amenazadora, ya que revolió asuntos entre Margie y yo. Sin darme cuenta, yo estaba proyectando todo mi dolor y heridas emocionales aun abiertas en ella. Estaba ciego a las necesidades de ella, y enojado porque ella no estaba respondiendo a las mías del modo en que yo pensaba debía hacerlo.

Cuando nuestro terapeuta nos recomendó que nos separásemos, decidí que ya estaba bien de terapia. El pensamiento de herir a Margie y a nuestras hijas del modo en que yo había sido herido quedaba fuera de toda consideración. Mi compacta autosuficiencia se estaba desarmando y no sabía qué hacer o a dónde acudir. Aunque yo no lo podía ver en ese momento, el Espíritu Santo se estaba moviendo activamente en mi vida, acercándose a Jesús. Después de la experiencia del desayuno de oración, supe que tenía que entregar mi alianza a Jesús, incluso si a Margie no le gustaba. Estaba aprendiendo diariamente de estudiar las Escrituras y orar ardientemente por primera vez en mi vida adulta. Estaba yendo a la iglesia y comenzando a descubrir una comunidad cristiana. El asistir al “Encuentro Matrimonial” y la “Vida en el Espíritu” me trajo alguna esperanza, pero no era capaz de bajar la guardia lo suficiente como para permitir el libre acceso del Espíritu Santo a mi corazón.



Se dio un giro importante cuando nuestra parroquia decidió comenzar el programa de renovación llamado Cristo Renueva a su Parroquia, un proceso de renovación personal y comunitaria que surgió del Movimiento de Cursillos de la Iglesia Católica. La Madre Teresa le dijo una vez al papa Juan Pablo II que el CRSP era uno de diversos procesos que transformarían la Iglesia. Para mí resultaría ser un cambio de vida, así

como para nuestra comunidad parroquial y también para casi todos los miembros de mi familia también. Me apunté al primer fin de semana con una ilusión extraña en mí. Ahora entiendo por qué. Mi vida nunca ha sido la misma desde entonces.

El primer fin de semana fue un bonito cambio de ritmo, ya que aprendí a recibir en lugar de ser el responsable de responder a las necesidades de los demás. Descubrí que otros hombres compartían mi intensa hambre de Dios. Me sorprendí y me sentí animado por el compartir sincero de hombres de todas las edades. Nunca había experimentado este tipo de sinceridad y vulnerabilidad con personas de la Iglesia antes. Después de un fin de semana divertido, pero de otra manera poco espectacular, entramos juntos en un tiempo de formación, aprendiendo a convertirnos en discípulos de Jesús. Practicamos el arte del discernimiento espiritual, escuchando al Espíritu Santo y unos a otros. La intimidad de una comunidad cristiana auténtica se convirtió en un gran bálsamo después de años de cristianismo como francotirador.

Hasta la fecha, algunos de mis amigos más íntimos provienen de ese grupo de hombres. Para el final del periodo de formación, nos habíamos convertido en un equipo unificado, dispuestos a ofrecer el fin de semana a otro grupo de hombres. Habíamos vivido la increíble alegría de servir en comunión, descubrir nuestros dones singulares, y ver cómo Jesús los entretecía para responder personalmente a las necesidades de los nuevos participantes. Como director laico, yo era el líder principal del equipo, sirviendo bajo la autoridad de nuestro párroco. Después de años de ministerio en solitario como maestro y terapeuta, este ministerio corporativo era profundamente satisfactorio. La pesada carga de sentirme responsable por las necesidades de las personas, que se había convertido en segunda naturaleza después de la partida de papá, se levantó milagrosamente. Jesús estaba levantando lo más pesado, y todos nosotros nos sentíamos privilegiados de ser sus colaboradores, llevando en nuestros hombros su suave yugo (ver Mt 11:20).

Yo podía sentir mi corazón revivir en este ambiente de compañerismo espiritual y sincero compartir. Nunca había sido más feliz en mi